

Hacia un nuevo principio de esperanza

Las utopías son como las estrellas, inalcanzables, pero nos sirven de guía

Michel de Montaigne

Hablar de la utopía desde un tiempo de desencanto es una tarea de valientes, de esperanzados. En este momento, este país y el mundo cambian velozmente/vorazmente, como pocas veces se ha visto en la historia: lo anterior vuelve menester recuperar el sentido utópico, resignificarlo. Esperamos lo peor, cuando podríamos comenzar a imaginar lo mejor. El aceleramiento de múltiples procesos locales y globales –de al menos 20 años atrás– nos ha dejado perplejos, naturalmente, pero muchas veces también, sin capacidad de reacción. De ahí la importancia de tomar la decisión de pasar del miedo a la esperanza.

Hablemos de esperanza en un sentido filosófico. Entendamos su potencial transformador en el espíritu, sobre todo en tiempos sombríos, precarios y de un nihilismo disgregado que no sabemos cómo llegar a insertarse tan profundamente en la humanidad. Vivimos en una época que no sabe por qué no cree, si se me permite la paráfrasis a Bernardo Soares. Hablemos pues, de esperanza más allá del idealismo del término: podemos entenderla en su sentido de semilla, o entelequia (diría Aristóteles), para cimbrar las grandes transformaciones sociales.

Comprendamos a la esperanza en su papel destructivo de lo injusto y de la iniquidad que ensombrecen nuestra vida cotidiana. Esta es una tarea que requiere crítica constante, reflexión considerada en cada acción que se tome y sobre todo, una voluntad infranqueable. Sin un cauce concreto, precisamente dirigido a la esperanza, ninguna revolución social es posible: no solamente requerimos de un porvenir, sino de un porvenir dirigido, que pueda al tiempo de pensarse, verse en la realidad.

La pregunta inicial es importante: ¿cómo construir una utopía? Y más allá de eso, ¿cómo construir una *utopía concreta* que permita transitar del miedo a la esperanza? Parto del término del filósofo marxista Ernst Bloch, quien me acompañará durante estas páginas, como un consejero y guía, que responderá algunas de mis preguntas sobre el miedo.

Escribo también, desde mi comunidad universitaria. La juventud es una época que precisa cuestionamientos y cierto valor para hacerles frente: he meditado últimamente, la gravedad de no ser auto-reflexivo en la etapa vital que configura nuestro carácter. Considero una tarea ética que implica compromiso con los demás. Hablar desde la UNAM es y ha sido un privilegio al que pocos, todavía, tenemos acceso. El empeño que pongo en escribir se sustenta, en buena medida, en la contemplación del otro como un arranque, como mi balance necesario para dirigir las ideas: a medida que expongo lo que hay dentro de mí, hablan los demás. Soy un otro.

No podemos pensar que el gran cambio político que significó el primer gobierno de izquierda en México el pasado 2018 sea un proceso consumado. Sería una inocencia imperdonable, de hecho. En sí, la búsqueda democrática se cimienta gracias a la posibilidad de una práctica cotidiana de los valores y preceptos de este sistema de gobierno, tal como lo pensó Platón en la sociedad helénica. Pese a este planteamiento, ninguna sociedad ha llevado a la práctica de manera perfecta el ideal democrático, me parece que fue Rousseau quien dijo que el modelo de la democracia pertenece a los dioses porque expone la fragilidad de los hombres. Suscribo, pero no fatídicamente, dado que el hecho de lo imposible no debe plantear una barrera, sino estimular nuestras expresiones.

Es usual, en tenor de lo anterior, criticar antes que intentar construir, es mucho más fácil caer en el fatalismo que dirigirnos a la búsqueda de plantear escenarios óptimos para salir adelante en conjunto. Este gobierno, al menos en sus primeros meses, ha sido uno de los más criticados por la prensa nacional; al tiempo, las críticas de diversos sectores de la sociedad civil –especialmente de derecha– no se han hecho esperar. No me sorprende que un movimiento político que apueste a los pobres sea criticado por los ricos, lo que me deja perplejo es el silencio del que a veces somos parte en esta confrontación en nuestro papel de estudiantes universitarios y jóvenes mexicanos que tarde o temprano, vivimos los efectos del campo político.

El cambio, o diría Derrida, la *deconstrucción* no es una acción instantánea. Plantea la necesidad de observar el proceso. Muchos han sido los reclamos contra la baja efectividad de resolver de inmediato problemas que llevaron años en gestarse. El recambio que se plantea es naturalmente violento para el *status quo* precedente, exige tesón y mantenerse firme. Si bien es cierto que el sistema político adquirió un cauce ideológico radicalmente distinto, no cambió todavía en lo

esencial... aunque se aspira a ello. La transformación del sistema político solamente se puede conseguir con una paulatina y consustancial transformación social, que podemos comenzar a ver, en sus raíces.

Cada sociedad a lo largo de los siglos ha enfrentado sus propias problemáticas y en tenor de lo anterior, ha buscado confrontarlas o las ha dejado destruir sus cimientos. La organización de la propia utopía aquí es primordial. Para Ernst Bloch la utopía no puede construirse sin principios de fortalecimiento inherentes. La utopía no es una broma, la esperanza tampoco, menos aún a medida que comprendemos que muchas vidas dependen de la efectividad de una y otra. Incluso el caos aquí requiere un orden. Y aquí el orden que se plantea es el del compromiso mutuo, del que acompaña y sabe plantear lo hospitalario: una de las grandes maneras de expresar que el miedo, perenne en tiempos infaustos, ha quedado atrás es la capacidad que tengamos para dar ayuda a los demás. Regresaremos a este último punto más adelante.

Ahora toca a nosotros, en nuestro papel de juventud consciente de nuestro papel en la historia, responder las preguntas de nuestro tiempo y más importante aún, formular nuestras propias inquisiciones a manera de compromiso con el futuro.

Hay al menos tres problemas globales que hoy se ponen en la agenda inmediata y que quisiera nombrar para después cruzar sus manifestaciones con lo que sucede en México. No olvidemos que, gracias a la consciencia histórica podemos percibir un porvenir.

El primero de ellos es el que comprende la preocupante y urgente necesidad de responder a los múltiples problemas con relación a la ecología: calentamiento global, contaminación, agotamiento de recursos naturales, etcétera. Este problema atraviesa diversas dificultades que responden a decisiones políticas nefastas, como las expuestas por el presidente de Brasil o el de Estados Unidos; así como un voraz consumo de los bienes que nos proveen la tierra y el mar, un voraz consumo fundamentado en lo esencial en el modelo capitalista de producción económica. Nos encontramos ante un problema que ha planteado escenarios caóticos en el futuro, ¿cómo pensar desde la esperanza y no desde el miedo esta situación? La primera respuesta sería, con la acción inmediata e irreversible para atender el problema. Si no podemos regular las decisiones políticas o empresariales que conducen este desastre, podemos cambiar nuestros hábitos e intenciones con relación a lo que vemos día con día. No sobra decir que junto con esto, podemos sumarnos al reclamo y la

insatisfacción ante el sentimiento destructivo sin medida que hoy, ya no puede sostenerse en ninguna latitud mundial.

La esperanza en este caso, es lo único que puede salvar a la tierra, la tierra que nos provee de calma como dijo Byung-Chul Han, y que nos abandona cada vez más. Más que otra cosa, ponderar aquí la sorprendente y creciente capacidad crítica que la juventud sostiene con respecto a la salud del planeta. Pensemos en la popular luchadora social ecologista sueca, Greta Thunberg. Esto provee de esperanza.

El segundo problema global que ubico y que llama a la reflexión es la migración. Las políticas globales atraviesan un momento crucial, pues tal y como predijo el sociólogo Zygmunt Bauman, el gran problema de nuestro tiempo será el del multiculturalismo. La comunicación efectiva entre pueblos, entre cultos, entre tradiciones, es un reto al que tanto sociedad como gobierno deben atender. Si somos honestos, aquí estamos más atrasados que a la vanguardia. Las políticas de contención migratoria aún dejan mucho que desear. Al tiempo, las políticas de odio, públicas o privadas, se agudizan en diversos sectores del mundo. El odio al otro se acentuó cada vez más desde la caída de las Torres Gemelas en Nueva York, tesis planteada por el filósofo André Glucksmann que podemos recuperar para sostener que este odio se ha convertido ya en un dolor de cabeza para cualquier propugnador de la paz.

El odio que deviene en miedo, enemigo natural de la esperanza. Pensadores tan eminentes como Slavoj Zizek, encuentran que esta situación conduce al individuo común a vivir en un estado de estrés y sobre todo, ansiedad constante. La ansiedad es la gran problemática psicológica de nuestro tiempo. Y con ella encontramos quimeras peores: depresión, obesidad, psicopatías más graves. Hay que entender que, como bien ha señalado Zizek, los individuos sufrimos el sistema al que pertenecemos.

En contraste con lo anterior habría qué decir, que el tema de los migrantes es pese a todo, puesto en la mesa en nuestro país. En principio, la Ciudad de México cuenta con una Ley de Hospitalidad que ha resuelto diversas situaciones con relación a la población migrante. Esta ley pone a la vanguardia a nuestro país con relación a prácticamente todo el mundo. Repensemos sólo un momento la hospitalidad, ¿por qué ofrecerla? Porque ofrecerla es dotar de esperanza, pero también de porvenir a

los demás. Una sociedad que no aspira a la hospitalidad no puede alejarse del miedo, del miedo a la diferencia, del miedo a sí misma.

Finalmente, hablemos de un tema que es cada vez más pujante –y qué bueno– en cotidianidad: la lucha de las mujeres por justicia y reconocimiento social. Han sido las recientes manifestaciones de mujeres en la Ciudad de México y algunas ciudades del país, las que han llevado a la conclusión que este es uno de los grandes puntos pendientes, en México y cualquier otro país. La voz de millones de mujeres reclama diversas causas: fin de la violencia masculina, resolución de castigos y otorgamiento de justicia, igualdad de derechos y salarios, entre otras. La voz de la que hablo no tiene un sólo rostro, pertenece a mujeres históricamente oprimidas, que requieren ser escuchadas y que hoy como nunca, hay que ponerlo también en balance, tienen los medios de expresión para hacerlo.

Es una desgracia que todavía queden pendientes temas cruciales como el aborto legal en los congresos locales en México. Si bien, la capital de nuestro país avanza con pasos firmes en dotación de derechos humanos, hay un abismo de diferencia con respecto a las circunstancias en provincia. Las tareas irán en avanzada, no me queda duda. Las mujeres abren los ojos cotidianamente, y alzan la voz. La voz que se hace más fuerte, que opaca las palabras del discurso vacío del machismo, un machismo que se convierte en una reliquia, en la imagen de un político viejo repleto de retórica pero sin nada que decir realmente.

Especialmente nos da esperanza pensar en el lugar que conducirán estas luchas femeninas. Apuntan a una sociedad más justa, más emparejada en cuestiones cruciales. Apuntan a un cambio profundo en las conciencias de cada uno de nosotros: algo se empieza a percibir en el aire de cada una de estas protestas, un hartazgo que puede conducir a políticas efectivas y prácticas cotidianas que no den lugar a regresiones.

En este caso, las mujeres se cansaron del miedo y optaron por la esperanza. Me congratula su marcha, su grito y sobre todo, su unidad. Yo no puedo más que tomar mi distancia, consciente que jamás tendré en mi interior las inquietudes y necesidades de una mujer. Yo no puedo más que ser solidario con las mujeres que aún veo sufrir y resistir al miedo todos los días, acaso convencidas más que nunca, de su esperanza. Ellas piensan que el mundo puede cambiar y por ello van a cambiar el mundo.

El problema en nuestro país es que el miedo está tan arraigado que no permite despuntar libremente a la esperanza. Y que la esperanza, por más que la busquemos, nunca será plena, porque vive de resistir. La lucha en todo caso, se plantea como un campo de batalla constante y que no permite mayores distracciones. Ciertas cosas hay que merecerlas, si recordamos a Cortázar.

México vivió aturdido políticamente prácticamente un siglo. Imaginémos a la patria como un organismo vivo, tal como hizo Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. De tal forma, encontramos que un miedo tan persistente precisa de un tratamiento de fondo para transitar a su salida. La esperanza naturalmente, es el quid requerido para tan monumental tarea. Escribimos a diario nuevas recetas para enfermedades que surgen y que surgirán. La tarea debe sostenerse y además, ligarse a las generaciones próximas.

¿Cómo se vivió el cambio del miedo a la esperanza? Pienso que el pretérito no es un tiempo verbal adecuado. Sería mejor encontrar la pregunta en el presente, dado que este tránsito se vive actualmente, se trabaja para que se viva y requiere fomentarse para que cuando no estemos, haya quien sea capaz de luchar por la esperanza. Porque al decir que se vive el cambio, somos parte de él y tenemos elementos para pertenecer, para no desligarnos.

Hemos visto ya que el cambio puede plantearse, que las utopías son realizables como pensaba Aldous Huxley. El principio de cambio, incluso del gran cambio político que vivimos en 2018, es social. Fueron las personas, con nombre y rostro, quienes cambiaron al país y quienes seguirán cambiándolo. Esta idea, repuntada por el eminente sociólogo Boaventura de Sousa Santos expone que los grandes movimientos de nuestro tiempo permiten dar cuenta que la política efectiva se demuestra en las calles. Y en esta línea podríamos continuar y decir: la esperanza efectiva se demuestra en las calles y sencillamente, se expone en los órganos institucionales.

El maravilloso Ernst Bloch fue uno de los mayores impulsores de la esperanza como un principio fundamental en medio de las crisis sociales. A él le tocó sufrir el nazismo. A nosotros nos corresponde establecer un nuevo principio de esperanza que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo. Es tiempo de que sea tiempo. Jamás en nuestra historia tuvimos las cartas tan a nuestro favor, y ahora no sólo hablo por la juventud universitaria a la cual correspondo, sino a cada hombre,

mujer, niño, adulto mayor o cualquier persona que decida cambiar al país. Jamás estuvo tan presente la idea de que el cambio es parte de nosotros.

Intenté a lo largo de estas páginas, no incurrir en ningún acto proselitista y mucho menos partidario, en pos de mi espíritu universitario y propenso a lo ácrata. Si seré juzgado por lo contrario, acepto las críticas. Confieso que hay cierta e inaudita esperanza en mí también a partir de lo vivido a finales del año pasado. Gracias a esta esperanza he podido consolidarme en mis aspiraciones políticas, en lo que deseo para mí, para los míos, hoy y mañana. Cada tema aquí expuesto, por supuesto, tendrá la necesidad de un pliegue posterior. Al final, estoy satisfecho porque fueron la inspiración y la meditación los que consolidaron este trabajo.

Este miedo se aleja más, pero vuelve si me distraigo. La esperanza llega cargada de futuro, como una poesía fundamental o una brisa marina. Soy parte de las generaciones que no serán perdonadas por el silencio, que no serán perdonadas por la quietud y el mutismo. Estamos de frente a la eternidad, y es un crimen no seguir adelante.